

LOS IDEALES AGRARIOS DEL CAUDILLO DEL SUR: EMILIANO ZAPATA Y SU LUCHA REVOLUCIONARIA

Cristopher Raúl
Luévano Richarte

Antecedentes de la tenencia de la tierra y sus injusticias

La cuestión de la tenencia de la tierra es y ha sido por milenios, en muchos casos, parte de la historia del hombre, ya que significa la subsistencia de los que la poseen. Se sabe que los grupos que conformaban los primeros hombres cambiaron su actividad nómada a sedentaria cuando supieron trabajar la tierra, haciendo posible su desarrollo hasta convertirse en una civilización. En el caso particular de México, vemos esta práctica desde las culturas prehispánicas, sobre todo en las culturas mesoamericanas, las cuales florecieron, en su mayoría, gracias a la natural fertilidad de los campos. Un ejemplo es la cultura mexica ubicada en el valle de México otrora zona lacustre. Ahí y en todos los estados nahuas cada institución o rango social poseía la tierra de distintas formas.

Hasta donde sabemos la tenencia de la tierra no era ni comunal ni privada: era asignada, en cierto sentido, como un salario por trabajar en los asuntos públicos en los tres rangos sociales más altos. Esto significa que los sistemas de tenencia de la tierra estaban definidos por decisiones políticas y administrativas, asociaciones personales e identidades. Aunque podía heredarse el derecho, para ejercerlo

era necesaria la aprobación de una autoridad superior y el cumplimiento de obligaciones relacionadas con la posesión de la tierra.¹

Como vemos, existía una organización para el repartimiento de las tierras a cultivar, la cual cambió significativamente con la llegada de los conquistadores españoles.

Una vez erradicada la raza guerrera de cada nación conquistada, los peninsulares defraudados por la realidad de no encontrar ciudades con oro, buscaron la forma de enriquecerse en las nuevas tierras y así poder aspirar a un título de hidalguía.

Esto los llevó a levantar plantaciones en lugares olvidados; en éstas los indígenas fueron explotados hasta la muerte, dejando con esto el aprendizaje de que no estaban hechos para tal trabajo forzado; sin embargo, esta explotación siguió en el transcurso de la Colonia y posterior a ella, pero ahora los jefes no eran conquistadores, sino hacendados, los cuales muchos provenían de una línea sanguínea descendiente de aquellos aventureros.

Explotación, malos tratos e injusticias fueron para el campesino una constante a través de los siglos, los desdichados sólo veían cómo su trabajo era en beneficio para el patrón, el cual, en la mayoría de los casos, mostraba desprecio e indiferencia hacia sus labores.

Es así como toda una idiosincrasia fue forjada con el paso de las generaciones; estos trabajadores que dejaron la hoz para to-

mar el fusil, dejando de trabajar la tierra para tratar de alcanzar algo intangible pero igual de importante para una vida digna: justicia.

Emiliano Zapata y su lucha revolucionaria

Después de casi un siglo de constantes luchas internas (posteriores al logro de la independencia de la corona española, motivadas por la poca organización política que se tenía en el nuevo estado y la nula visión de nación que poseían sus habitantes y gobernantes), apareció un caudillo que luchó con grandes éxitos contra invasiones extranjeras ayudando a restaurar la República, su nombre Porfirio Díaz, quien a la postre se convertiría en presidente, llevando a México a una relativa paz que duraría aproximadamente más de treinta años. Sus logros políticos y económicos, sin duda, fueron importantes; sin embargo, lo segundo sólo fue disfrutado entre las altas elites del país, en las cuales se encontraban numerosos hacendados que se regocijaban de las ganancias que les dejaba la tierra trabajada por los más desfavorecidos: peones y campesinos.

Así transcurrió el proceso político llamado Porfiriato: desarrollo industrial y capitalista para pocos, injusticia laboral para la mayoría. Es por eso que a principios del siglo xx surgieron movimientos encabezados por hombres con una nueva visión, los cuales advertían a la dictadura de un atascamiento de la nación; por esta razón se formaron organizaciones intelectuales y arma-

1 Véase <http://www2.ine.gob.mx/publicaciones/gacetas/389/larson.html>.

das con el fin de derrocar la personificación del poder establecido.

Estos movimientos fueron tan intensos que dejaron de convertirse en simples rebeliones, las cuales, en un principio, estaban conformadas por un puñado de personas que se agitaban contra el poder sin más planes que su encono e impulsos. Posteriormente con la ayuda de caudillos e intelectuales se le dio forma a estas tendencias, convirtiéndolas en una revolución, lo que en teoría significó el cambio en todos los aspectos de la realidad, en este caso política y social.

Uno de estos caudillos fue Emiliano Zapata, guerrillero del estado de Morelos, quien nació en el pueblo de Anenecuilco, Villa de Ayala, donde generación tras generación su familia había tenido participación en diversos sucesos funestos:

Como cuando un ejército español puso sitio a los rebeldes en Cuautla, durante la guerra de independencia, los muchachos de las aldeas vecinas cruzaron las líneas durante semanas [para ayudar con víveres] a los insurgentes. Uno de [estos] muchachos fue José Salazar, el abuelo materno de Emiliano. Dos de los hermanos de su padre, Cristino y José, habían peleado en la Guerra de Reforma y contra la Intervención Francesa en la década de 1860.²

Otro ancestro del caudillo fue José Zapata, supuesto tío abuelo de Emiliano, quien

fue gobernador del municipio de Villa de Ayala. Dicho personaje mantuvo relación con Porfirio Díaz desde que éste se concentró en organizar milicias en el centro-sur de la República al momento de la Intervención francesa y cuando la presidencia recorría el país en una carroza.³

Así fue como el apellido Zapata forjó poco a poco su prestigio entre la comunidad. Esta reputación a la postre vendría a beneficiar a Emiliano, ya que influyó al momento de ser elegido como dirigente de Anenecuilco.

Corría la época donde los hacendados controlaban los influjos del dinero, la lucha contra los campesinos sobre los derechos de la tierra y el agua. Los habitantes del pueblo de Anenecuilco no eran la excepción, durante años lucharon mediante la vía legal que les ofrecían los tribunales por una mejora en sus condiciones y, sobre todo, por una equidad entre los grandes latifundistas y ellos. Sin embargo, esto era imposible gracias a que los hacendados influían poderosamente en el gobierno federal, dominaba el gobierno de Morelos y tenían sujetos a los funcionarios de las cabeceras de distrito, razones suficientes para que los campesinos perdieran sus pleitos. Con las nuevas leyes decretadas por el nuevo gobernador de Morelos se favoreció aún más a los hacendados; y los regentes de Anenecuilco, señores de edad avanzada que por su sabiduría adquirida a través de los años dirigían al pueblo,

² Womack, *Zapata*, 2006, pp. 5-6.

³ *Ibidem*, p. 6.

quedaron sumamente desilusionados, lo que los llevó a romper con la tradición y decidir dejar sus cargos para que pasaran a manos más competentes. Es así que Emiliano Zapata fue elegido como dirigente del pueblo, rompiendo con la tradición del consejo de regentes, siendo un hombre maduro de treinta años y con un temple forjado de la misma forma que el de su padre a quien el pueblo recordaba como hombre honesto y trabajador. Emiliano había heredado de él el temperamento, algunas tierras y ganado.

Trabajaba su tierra, era aparcerero de unas cuantas hectáreas de una hacienda local, y en las temporadas en las que alojaba el trabajo llevaba una recua de mulas por los poblados del sur. También compraba y vendía caballos. Por falta de tierras, la familia Zapata había comenzado desde hacía años a tratar en ganado, y Emiliano había aprendido desde joven el oficio. También había aprendido a sentir el orgullo que los caballos despiertan en los hombres, y cuando ganaba algo de dinero lo empleaba en ello; se compraba botas y espuelas de calidad para poder cabalgar orgullosamente en los lomos brillantes del caballo que más quería.⁴

Así era el hombre que los aldeanos eligieron como presidente de su consejo: un charro que no carecía de lo necesario para subsistir y que además podía permitirse algunos lujos innecesarios para el desarrollo

de sus actividades que muchos de sus colegas campesinos no podían hacer. Desde un principio, Zapata focalizaba su atención a la justicia para sus compañeros, los cuales eran víctimas del poder dictatorial que oprimía al país. Fue así que cuando surgió el levantamiento de Francisco I. Madero en el norte de México, los pobladores de Morelos junto con Zapata vieron en él un motivo por el cual luchar, esperando que se resolviera este problema para así poder beneficiarse en cuanto a sus peticiones de tierras distribuidas a personas que las laboraran.



Eufemio y Emiliano Zapata con sus respectivas esposas.

Las rebeliones que fueron surgiendo conforme avanzaba el movimiento se dieron gracias al impulso dado por Madero, pero sobre todo por los líderes locales que con su ingenio contribuyeron a la creación de lo

⁴ *Ibidem*, p. 4.



que se conoce como Revolución mexicana. Con ánimos y esperanza de obtener un real cambio que fuera benéfico para el pueblo, estos parroquianos se enfrentaron al régimen y le dieron la posibilidad a Madero de que cumpliera sus propósitos, sin embargo, estos propósitos no eran muy diferentes en la práctica a los ya establecidos antes de la rebelión. Arrastrando las innumerables contingencias que se echó encima con el movimiento revolucionario para hacer a un lado al régimen anterior, Madero dejó ver desde un principio la ineficiencia que tenía para gobernar el país ocasionando constantes tropiezos y desacuerdos con quienes lo habían ayudado a llegar al poder, esto llevó al coahuilense al sitio de persona *non grata* en la mayoría de las esferas de la nación. Una de esas personas fue Zapata, quien en un principio lo apoyó con el propósito de que al llegar al poder cumpliera las demandas que le hizo, no obstante, el ahora presidente, a pesar de que le había prometido recompensar los servicios que el de Anecuilco había hecho hacia la Revolución cuando llegara a la presidencia, no sostuvo su palabra, tal vez por su ineptitud para gobernar o por la creciente animadversión que en las esferas federales y aristócratas se le tenía a “Zapata a quien se le veía como un bandido y era combatido tanto con fusiles como con palabras”.⁵



Zapatistas.

Al no ver respuesta de Madero, Zapata lo clasificó como un traidor, lo cual no podía perdonar el caudillo, ya que para él era lo más bajo adonde podía caer el hombre, inclusive más bajo que el robo o el asesinato.

Posterior a estos acontecimientos y que las peticiones de Zapata no tuvieron respuesta, con ayuda de Otilio Montaña, Zapata redactó el Plan de Ayala el 28 de noviembre de 1911. En él se le dio énfasis a la palabra traición, refiriéndose a Madero, pero su propuesta moral e histórica que lo movió en verdad a redactar este plan fue recordada en una conversación que el caudillo había tenido con Robledo, su fiel compañero:

Como tú sabes, en nuestro estado existieron aquellos mentados Plateados, quienes no estuvieron conformes con el gobierno que se estableció en aquel entonces y se rebelaron

⁵ Citado por Krauze, *Biografía*, 2001, p. 107.

también, pero como no tuvieron bandera donde expusieran los motivos o ideas por las cuales empuñaban de nuevo las armas, no tuvieron muchos adeptos ni apoyo de los vecinos de los pueblos, y se les combatió y persiguió hasta lograr su muerte y dispersión, dándoles el despectivo título de “bandidos”, el mismo que ya se me daba en compañía de mis soldados que peleaban al grito de °Viva Zapata!

Presentía que, de seguir en esa actitud, se nos tomaría en lo sucesivo como tales bandidos [...]. Mis antepasados y yo, dentro de la ley, y en forma práctica, pedimos a los gobiernos anteriores la devolución de nuestras tierras, pero nunca se nos hizo caso ni justicia; [...] Por eso ahora no la obtendremos, pues a los gobiernos tiranos nunca debe pedírseles justicia con el sombrero en la mano, sino con el arma empuñada.⁶

Emiliano era un hombre de palabra, pero su experiencia, ayudada por los relatos que los más grandes hacían, le hizo ver que en la mayoría de las ocasiones la “palabra” valía más si venía en papel procedente de una pluma. “Entonces durante tres días, concretó sus ideas, que transmitió a su compadre Montaña para que les diera forma, resultando al cabo de ese tiempo el deseado plan.”⁷

Según Krauze, el plan tenía tres artículos centrales:

6 *Ibidem*, p. 109.

7 *Idem*.

Artículo 6°. Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la tiranía y de la justicia penal entrarán en posesión de estos bienes inmuebles desde luego los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados, por la mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en la mano la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

Artículo 7°. En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son dueños del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizados en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa se expropiarán previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor, y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

Artículo 8°. Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos



les correspondan se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha del presente Plan.⁸

La redacción de este plan significó para los zapatistas el comienzo de la verdadera lucha, en la cual no habría cuartel hacia ningún bando, sólo respondería a los designios que el caudillo había plasmado en dicha acta casi sagrada para ellos.

El caudillo de Morelos sabía que las necesidades del pueblo eran más evidentes en los grupos campesinos e indígenas, los cuales eran las principales víctimas del lado oscuro del régimen porfirista. Siendo Emiliano colega de los primeros y descendiente de los segundos, aunque con sangre mestiza, siempre se dirigió a ellos en la lucha por su idea de revolución y en muchos de sus discursos los convocó en su propia lengua, el náhuatl, “la que conocía desde niño pues muchos la hablaban en su pueblo natal”.⁹

Con la caída de Victoriano Huerta, quien suplantó a Madero, las facciones revolucionarias comenzaron una búsqueda de pacificación entre ellos, aunque no todos, la mayoría de los hombres, sobre todo los de escritorio, mantuvieron concilios en diferentes ciudades del país sin llegar a buenos términos.

Ya con Carranza de presidente no hubo cambios en las peticiones de los zapatistas, los cuales no descansarían hasta el cumplimiento de sus puntos. Esto hizo que Zapata respondiera con un decreto aún más radical que el Plan de Ayala: la nacionalización de los bienes del enemigo, que abarcaba por primera vez las propiedades urbanas.

La guerra civil seguía su cauce en México: saqueos, batallas, destrucción total de pueblos, asesinatos, traiciones, disputas diplomáticas, victorias infructuosas y alianzas estériles, fueron el pan de cada día.

Pareciera, desde la visión popular, que los únicos realmente comprometidos con los desamparados eran Francisco Villa y Emiliano Zapata, la diferencia era que el primero, aunque tenía una convicción de defender al pueblo, el pueblo para él representaba la clase media de su estado natal Durango, de la cual había salido convirtiéndose a la postre casi en un pequeño burgués que parecía sólo importarle el barullo que sus incursiones causaban en cualquier sitio adonde llegaba. Sin embargo, en ese periodo pareciera que compartía afinidad con la lucha de Zapata y es por eso que llegó el momento de su encuentro donde el tema en común fue el desprecio que los dos sentían por Carranza, el actual presidente. Es así que se fraguó un pacto entre los dos, donde se comprometían a ayudarse mutuamente, pero los villistas ayudarían a los del sur en su lucha local, la cual por falta de recursos se veía un tanto más desfavorecida.

⁸ *Ibidem*, p. 110.

⁹ León-Portilla, *Visión*, 2007, p. 249.

Entre las pláticas que mantuvieron dejaron claro que por su parte ninguno deseaba la presidencia, a sabiendas que no eran capaces de lidiar con algo así ya que no tenían la preparación necesaria para tal cargo, Zapata se empecinaba con los problemas de “La Tierra”, a lo que Villa llamaba “tierritas”. La diferencia mayor de actitud entre el norteño y el sureño se plasmó para la historia en la famosa foto en que Villa aparece sentado, eufórico, en la silla presidencial junto con Zapata hosco y receloso, esperando siempre que de la cámara saliese no un flash sino una bala. Un testigo zapatista de la escena la recuerda: “Villa se sentó en la silla como mofa, y Emiliano a un lado, y le dice a Emiliano: “A ti te toca”, Emiliano le dice: “No peleé por eso, peleé por las tierras y para que se las devuelvan, a mí no me importa la política”.¹⁰

El movimiento zapatista después de todo siguió fiel a sus ideales, sólo con la intrusión de personas “ilustradas” en las filas de Zapata se distorsionó diplomáticamente la causa, sin embargo, una unión entre las facciones, por más que se tratara, era imposible, sólo entre villistas y zapatistas se dio esto, ya que tenían una causa parecida por qué pelear. Aun así la relación, si es que hubo, se fracturó de inmediato, la honorabilidad de Zapata no fue respetada, ocasionando el rompimiento entre ambos, así los territorios resguardados fueron descuida-

dos y los constitucionalistas aprovecharon para imponerse armadamente.

Éste fue el principio del fin para Zapata, quien acorralado en su querido Morelos, no tanto porque las circunstancias lo llevaran a eso, sino por su propia predilección, le fue imposible llevar una mejor lucha en ese momento, ese estado de encierro que en un principio le fue muy útil, al final resultó contraproducente, aminorando las fuerzas zapatistas que fueron sucumbiendo al choque constitucionalista.



Cadáver de Zapata.

¹⁰ Krauze, *Biografía*, 2001, p. 117.

¿Qué fue la “Revolución”?

El 10 de abril de 1919 fue asesinado en Chinameca, Morelos, el Caudillo de la revolución del sur, Emiliano Zapata. Causó sorpresa la noticia, sobre todo saber cómo ése tan querido jefe había caído en una emboscada, traicionado por el coronel Jesús Guajardo, de las fuerzas constitucionalistas al mando del general Pablo González.

La Revolución mexicana fue una serie de sucesos armados y diplomáticos que vinieron a representar, en muchos aspectos, la actual conformación del Estado mexicano. Desde el inicio del movimiento, hubo distintos bandos que peleaban por sus ideales, todos o la mayoría de ellos con distintas posturas que se debían a las variadas maneras de pensamiento que los actores adquirieron en el transcurso de su vida, la cual era impuesta por las diversas formas sociales, económicas, culturales y geográficas de su entorno. Es por eso que la Revolución mexicana fue escenario de facciones encabezadas por pequeños burgueses, campesinos, clasemedieros, militares, intelectuales, indígenas, rancheros, etcétera.

En este lapso de la historia nacional observamos, mejor que ningún otro, la inestabilidad de los hombres, de cómo a pesar de que la mayoría tenía ideales por los cuales pelear, éstos al final no representaban más que a su propia conveniencia. Sin embargo, en el caso de Zapata eso no ocurrió, o por lo menos hasta ahora la historia no muestra lo contrario, ya que siempre se mantuvo firme en sus

convicciones: ayudó a esos hombres de labor que pisoteados por el poder gubernamental siempre se mantuvieron dignos y honestos, sólo pidiendo que se les otorgara la tierra que ellos mismos trabajaban.

La revolución zapatista fue un movimiento eminentemente campesino, liderada por un hombre que pensó que “la tierra” era la vida y por la cual era digno morir. Su mentalidad pocas veces comprendida por sus contemporáneos, los cuales veían en la revolución la forma para solucionar el problema de dictadura que venía arrastrando México, es muy admirada en la actualidad, ya que coetáneo a nosotros existen movimientos armados que hacen alusión al caudillo aunque sus fines no sean exactamente los mismos.

Referencias

- <http://www.iih.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc02/217.html>
- Krauze, Enrique, *Biografía del poder: caudillos de la Revolución Mexicana (1910–1940)*, Tusquets, México, 2001.
- León-Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2007.
- Ruiz Ramón, Eduardo, *México: la Gran Rebelión, 1905-1924*, Era editores, México, 1984.
- Womack Jr., John, *Zapata y la Revolución Mexicana, Siglo XXI*, vigesimoséptima edición en español, México, 2006.